

Comentario al
texto bíblico

EL ÉXODO

EL TABERNÁCULO

III TRIMESTRE - 2025

EL SÁBADO EN EL CONTEXTO DEL SANTUARIO

Éxodo 35 inicia con una instrucción solemne: “**Seis días se trabajará, más el día séptimo os será santo, día de reposo para Jehová**; cualquiera que en él hiciere trabajo alguno, morirá” (Éxodo 35:2). Lo sorprendente es que este mandamiento aparece justamente **antes de comenzar la construcción del tabernáculo**. El santuario terrenal era una obra sagrada, diseñada por Dios y ejecutada por hombres llenos de su Espíritu (Éxodo 35:10, 30-31). Sin embargo, ni siquiera esa tarea podía realizarse en sábado.

La enseñanza es clara: **ninguna obra, por más santa que sea, está por encima del reposo que Dios instituyó en la creación**. Así como las mujeres que iban a ungir el cuerpo de Jesús detuvieron su propósito para guardar el sábado (Lucas 23:56), también Israel debía aprender que la obediencia al mandamiento divino tiene prioridad sobre cualquier otra actividad, aun sobre la construcción del tabernáculo.

¿Por qué esta conexión entre sábado y santuario? Porque ambos apuntan al mismo propósito: **la presencia de Dios en medio de su pueblo**. El santuario era la morada de Jehová en el campamento; el sábado, en cambio, es un templo en el tiempo. En la creación, Dios estableció un patrón: primero formó espacios y luego los llenó. El sábado rompe este esquema: no se crea un ámbito físico, sino tiempo. Y ese tiempo es llenado con la **presencia divina**, transformando un día común en un día santo (Génesis 2:2-3).

EL SÁBADO EN EL CONTEXTO DEL SANTUARIO

Esto significa que el sábado no es solo una pausa laboral, sino la experiencia de reposar en la compañía de Dios. **Es un templo que no puede ser conquistado ni destruido**, porque el hombre puede adueñarse de territorios, pero no del tiempo. Cada sábado, Dios vuelve a ocupar el centro de nuestra existencia, recordándonos que su presencia es lo que hace santo el tiempo.

Además, el sábado nos habla del **poder creador y santificador**. Así como Dios dijo “Sea la luz” y la luz existió (Génesis 1:3), de la misma manera su palabra obra en nosotros vida nueva. Ezequiel 20:12 lo resume: “Les di también mis sábados para que fuesen por señal entre mí y ellos, para que supiesen que yo soy Jehová que los santifico.” La santificación, entonces, no es obra humana, sino fruto del poder creador que actúa en quienes creen.

En este sentido, el sábado se convierte en **un mensajero de gracia**. Nos recuerda que no descansamos en nuestros logros ni en nuestras fuerzas, sino en la obra perfecta de Dios. Cada reposo sabático proclama que quien comenzó en nosotros la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Jesucristo (Filipenses 1:6).

OFRENDAS QUE NACEN DEL ESPÍRITU

En Éxodo 35:4 en adelante, Moisés transmite al pueblo la invitación divina: “Tomad de entre vosotros ofrenda para Jehová; todo generoso de corazón la traerá a Jehová, oro, plata, bronce...” (Éxodo 35:5). La escena es profundamente significativa: **Dios no impone la colaboración para su obra, sino que la suscita en los corazones.** Y al llegar al versículo 20 leemos algo maravilloso: “Y salió toda la congregación de los hijos de Israel de delante de Moisés. Y vino todo varón a quien su corazón estimuló y todo aquel a quien su espíritu le dio voluntad, con ofrenda a Jehová” (Éxodo 35:20-21).

Aquí descubrimos un principio eterno: **es Dios quien pone en el ser humano tanto el querer como el hacer por su buena voluntad** (Filipenses 2:13). El oro, la plata, las piedras preciosas y las telas que Israel llevó al tabernáculo no fueron producto de sus esfuerzos en el desierto, sino cumplimiento de una promesa: cuando salieran de Egipto, los egipcios les entregarían riquezas (Éxodo 12:35-36). En otras palabras, **lo que el pueblo daba era simplemente devolver lo que ya había recibido de la mano del Señor.**

Este principio sigue siendo actual: todo don, toda capacidad, todo recurso que ofrecemos a Dios, proviene primero de Él. **De lo recibido de su mano le damos,** y al hacerlo descubrimos la ley de la vida del universo: recibir para dar. La capacidad de recibir se preserva en la medida en que se comparte. El que da, mantiene viva su capacidad de recibir; el que retiene, pierde incluso lo que tiene.

OFRENDAS QUE NACEN DEL ESPÍRITU

Así, cuando los corazones de Israel fueron movidos, no fue por bondad natural –porque no hay bondad inherente en el ser humano– sino porque **Cristo, por su Espíritu, los atrajo hacia la obra**. Toda dádiva, toda virtud, toda ofrenda verdadera tiene su origen en Él. Por eso la construcción del tabernáculo es una lección preciosa de dependencia y gracia.

El capítulo 36 de Éxodo nos muestra a hombres como Bezaleel y Aholiab, llenos del Espíritu Santo para diseñar, elaborar y levantar el tabernáculo. El texto subraya que el Espíritu daba **sabiduría, entendimiento, capacidad artística, técnica y habilidad práctica** (Éxodo 36:1). En otras palabras, hasta los detalles arquitectónicos y artísticos del santuario no provenían del ingenio humano, sino de la inspiración divina.

Esto nos recuerda una verdad vital: **la obra es de Dios**. Si la obra es de Dios, Él mismo provee los recursos, inspira las ideas, concede la habilidad y sostiene los resultados. El gran error del ser humano es pensar que el éxito depende de su fuerza, su destreza o su inteligencia. Pero la realidad es otra: lo único que nos corresponde es **ceder al impulso del Espíritu, decir “sí” a su dirección**, y confiar en que Él perfeccionará la obra.



OFRENDAS QUE NACEN DEL ESPÍRITU

Así, cuando los corazones de Israel fueron movidos, no fue por bondad natural –porque no hay bondad inherente en el ser humano– sino porque **Cristo, por su Espíritu, los atrajo hacia la obra**. Toda dádiva, toda virtud, toda ofrenda verdadera tiene su origen en Él. Por eso la construcción del tabernáculo es una lección preciosa de dependencia y gracia.

El capítulo 36 de Éxodo nos muestra a hombres como Bezaleel y Aholiab, llenos del Espíritu Santo para diseñar, elaborar y levantar el tabernáculo. El texto subraya que el Espíritu daba **sabiduría, entendimiento, capacidad artística, técnica y habilidad práctica** (Éxodo 36:1). En otras palabras, hasta los detalles arquitectónicos y artísticos del santuario no provenían del ingenio humano, sino de la inspiración divina.

Esto nos recuerda una verdad vital: **la obra es de Dios**. Si la obra es de Dios, Él mismo provee los recursos, inspira las ideas, concede la habilidad y sostiene los resultados. El gran error del ser humano es pensar que el éxito depende de su fuerza, su destreza o su inteligencia. Pero la realidad es otra: lo único que nos corresponde es **ceder al impulso del Espíritu, decir “sí” a su dirección**, y confiar en que Él perfeccionará la obra.



OFRENDAS QUE NACEN DEL ESPÍRITU

Este entendimiento libera al obrero de Dios de la ansiedad que consume. La ansiedad nace cuando creemos que el futuro depende de nosotros. Pero cuando recordamos que la obra es suya y nosotros solo instrumentos, encontramos reposo y libertad. **El Espíritu que impulsa es el mismo que capacita y sostiene hasta el final.**

Pero, ¿para qué tanta ofrenda, tanto esfuerzo y detalle? La respuesta ya había sido dada en Éxodo 25:8: “Y harán un santuario para mí, y habitaré en medio de ellos”. El propósito del tabernáculo era **ser la morada de Dios entre su pueblo**. No un amuleto de poder ni un objeto manipulable, sino el lugar donde el Dios santo condescendía a estar presente.

Esa presencia, sin embargo, debía ser custodiada. No podía ser usada para fines egoístas ni manipulada por manos humanas. Por eso, los ritos, sacrificios y disposiciones eran estrictos y detallados: **el propósito era purificar al pueblo para hacerlo apto de vivir delante del Dios santo**. El santuario, entonces, era simultáneamente **un lugar de cercanía y un recordatorio de la seriedad del pecado**.

EL SERVICIO DIARIO Y EL SERVICIO ANUAL

El ritual del tabernáculo se dividía en dos grandes categorías. Por un lado, el **servicio diario o continuo (tamid)**, que incluía el sacrificio de la mañana y el de la tarde (Éxodo 29:38-42). Estos sacrificios, presentados sin confesión individual, enseñaban que **la gracia y la lealtad de Dios permanecían inalterables**. Antes de que un adorador confesara sus pecados, ya había un sacrificio que proclamaba que Dios seguía dispuesto a aceptarlo.

Por otro lado, estaba el **servicio anual**, centrado en el día de la expiación (Levítico 16). Ese día, el sumo sacerdote entraba en el lugar santísimo para limpiar el santuario de las impurezas acumuladas durante el año. Con la sangre del macho cabrío para Jehová, purificaba el arca, el altar y todos los utensilios. Luego, sobre el macho cabrío vivo, el sacerdote confesaba los pecados del pueblo y lo enviaba al desierto, simbolizando la remoción final de la culpa.

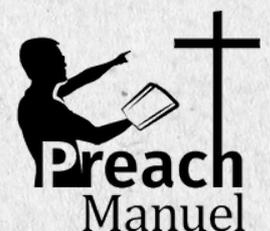
El mensaje era claro: **el pecado contamina, pero Dios provee un camino de limpieza y reconciliación**. Esa limpieza culminaba en la fiesta de los tabernáculos, cuando el pueblo, purificado, habitaba en tiendas alrededor del santuario celebrando la presencia de Dios.

LA GLORIA QUE LLENA EL TABERNÁCULO

El libro de Éxodo concluye con una escena majestuosa: **“Entonces una nube cubrió el tabernáculo de reunión, y la gloria de Jehová llenó el tabernáculo. Y no podía Moisés entrar en el tabernáculo de reunión, porque la nube estaba sobre él, y la gloria de Jehová lo llenaba”** (Éxodo 40:34-35). El propósito del santuario llega a su clímax: la presencia misma de Dios habita en medio de su pueblo. Todo lo que se había hecho —las ofrendas voluntarias, el diseño inspirado, los ritos ordenados— tenía como meta esta realidad: **Dios con nosotros.**

El tabernáculo no era un simple espacio arquitectónico ni un monumento religioso. Era el lugar de la comunión. Como subraya Hebreos, el propósito final era que pudiéramos **“acercarnos al trono de la gracia con confianza”** (Hebreos 4:16). Ese “acercarnos” que repite la epístola se hace posible porque Dios mismo se acerca primero. Él quiere ser nuestro Dios, que nosotros seamos su pueblo, y que vivamos con Él en una comunión eterna.

El texto hebreo nos ofrece un detalle revelador. La palabra **mishkán** (tabernáculo) proviene de la raíz **shakán**, que significa **habitar o morar**. En Éxodo 40:35, cuando dice que la nube estaba sobre el tabernáculo, se usa el mismo verbo que describe el acto de morar. En otras palabras, el tabernáculo es lo que es porque está **lleno de una presencia que mora en él**. No se trata solo de un lugar, sino de una realidad viva: Dios estableciendo su morada entre los hombres.



LA GLORIA QUE LLENA EL TABERNÁCULO

De esta misma raíz surge la palabra **Shekiná**, usada por la tradición judía para hablar de la gloria de Dios que habita entre su pueblo. La gloria que descendió en Éxodo 40 es la misma que más tarde llenaría el templo de Salomón (2 Crónicas 7:1-2). Pero este lenguaje prepara el camino para una revelación aún mayor en el Nuevo Testamento.

Juan 1:14 declara: **“Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros”**. El término griego utilizado es **eskēnōsen**, que literalmente significa “puso su tabernáculo”. El evangelista conecta directamente la obra de Cristo con la gloria del tabernáculo. **Jesús es la presencia visible del Padre, el tabernáculo verdadero que revela su gloria**. Y en un detalle sorprendente, las letras que forman este verbo en griego (sigma, kappa, nu) corresponden a la misma raíz hebrea (shin, kaf, nun). La Biblia, en dos idiomas distintos, nos enseña una misma verdad: Cristo es la morada de Dios con nosotros.

Esto significa que el propósito del tabernáculo en Éxodo encuentra su cumplimiento en la encarnación. Así como la nube llenó la tienda de reunión, la plenitud de la divinidad llenó a Cristo (Colosenses 2:9). Él es la Shekiná en forma humana, **el Dios cercano que podemos ver, escuchar y amar**.

LA GLORIA QUE LLENA EL TABERNÁCULO

Pero el plan de Dios no se detiene allí. La historia apunta hacia un desenlace definitivo. Apocalipsis 21 nos muestra la consumación: **“He aquí el tabernáculo de Dios con los hombres, y él morará con ellos; y ellos serán su pueblo, y Dios mismo estará con ellos como su Dios”** (Apocalipsis 21:3). Lo que comenzó en Éxodo y se manifestó en Cristo alcanzará su plenitud en la nueva creación. La morada de Dios no será ya un templo de telas ni un cuerpo de carne sujeto al dolor, sino la comunión eterna en un cielo nuevo y una tierra nueva.

El propósito inalterable de Dios es claro: **vivir con nosotros porque nos ama**. Todo el plan de salvación —el pacto, el santuario, la cruz, la intercesión de Cristo y la promesa del retorno— está dirigido a ese fin. No es un simple proyecto divino, es una expresión de amor. Nos creó para Él, nos redimió para Él y nos preparará para vivir con Él por los siglos de los siglos.

¡Que esta breve guía sea usada por Dios para edificarte!